

El caballero

Jim Butcher

Traducción:  
Rebeca Rueda Salices



Este libro es para las hermanas mayores de todo el mundo que tienen la paciencia necesaria para no estrangular a sus hermanos pequeños, y en particular para las mías, más pacientes que la mayoría. Estoy en deuda con vosotras.

Y para mamá, por razones tan obvias que sobran las palabras, aunque me gustaría hacer mención especial de las galletas con forma de bastón de caramelo y el arrullo de la mecedora con el que solía adormecerme.

## Agradecimientos

El autor (es decir, yo) desea dar las gracias a todos aquellos que ya deberían haber aparecido en este apartado de agradecimientos en los otros libros: Ricia y A. J. por supuesto y la poderosa Jen. Gracias a todos los que han respaldado mi trabajo, incluyendo (aunque son más) a Wil y Erin (que me proporcionaron mucha información sobre Chicago y a los que no mencioné antes), Fred y Chris, Martina y Caroline, y a Debra y Cam, Jess, Monica y April.

Gracias también a los bibliotecarios por embaucar al público para que leyera mis libros y a los libreros (y asiduos de los foros de Internet) que se molestaron en recomendarme a los lectores. Confieso que me sentí un tanto abrumado, pero os estoy muy agradecido.

Debería agradecer su ayuda a tanta gente que probablemente seré incapaz de recordarlos a todos. Si me he dejado a alguien, indicádselo a Shannon. Ella ya se encargará de sacudirme en la cabeza con un bate de béisbol y señalarme mi error.

(P. D.: Shannon y J. J., como siempre, gracias. Os prometería ser un poco menos rarito, pero todos sabemos que no me duraría mucho.)

Llovieron sapos el día que el Consejo Blanco llegó a la ciudad.

Me bajé del Escarabajo azul, mi viejo y destartalado Volkswagen, y entorné los ojos ante un sol de pleno verano. El parque Lake Meadow se encuentra al sur del centro de la ciudad, a un buen trecho del lago Michigan. Incluso en días tan calurosos como los que teníamos últimamente, el parque solía estar lleno de gente. Hoy se encontraba vacío, salvo por una anciana con un abrigo largo que avanzaba a trompicones empujando un carrito de supermercado. Aún no era mediodía y ya me estaba asando con la camiseta y el chándal que llevaba puesto.

Eché un vistazo al parque durante unos momentos, me adentré un par de pasos en el césped y sentí que algo húmedo y blando me golpeaba en la cabeza.

Di un respingo y me toqué el pelo. Algo pequeño cayó ante mis ojos y aterrizó a mis pies. Un sapo. No era grande, como suelen ser los sapos, de hecho habría cabido fácilmente en la palma de mi mano. Se tambaleó un poco al tocar tierra, después dejó escapar un apagado *¡croac!* y se alejó saltando torpemente.

Miré a mi alrededor y vi más sapos en el suelo. Muchos. Su canto se oía cada vez más alto a medida que me adentraba en el parque. Incluso vi a más anfibios caer del cielo, como si el Todopoderoso los hubiese lanzado por un tobogán. Había sapos saltando por todas partes. No es que alfombraran el suelo, pero era imposible no verlos. Cada poco tiempo, se oía el impacto de otro sapo al aterrizar. Su canto sonaba vagamente como el murmullo de gente en una habitación abarrotada.

—¿Raro, eh? —dijo alguien con cierta inquietud. Alcé la vista y vi a un hombre bajo, de hombros anchos y caminar decidido que se acercaba a mí. Billy, el hombre lobo, vestía con chándal y una camiseta oscura. Uno o dos años atrás, el conjunto habría disimulado los quince o veinte kilos que le sobraban. Ahora ocultaba la musculatura que había sustituido a toda aquella grasa. Me ofreció la mano, sonriendo.

—¿Qué te había dicho, eh?

—Billy —contesté. Me estrujó la mano. O quizá es que ahora era así de fuerte—. ¿Qué tal la vida de hombre lobo?

—Cada vez más interesante —respondió—. Últimamente nos topamos con cosas bastante extrañas en nuestras patrullas. Como esto. —Señaló el parque. Otro sapo cayó del cielo a unos centímetros de distancia—. Por eso hemos llamado al mago.

Patrullas. Vigilantes sagrados, Batman.

—¿No ha aparecido nadie por aquí?

—No, salvo unos meteorólogos de la universidad. Dijeron que había tornados o no sé qué en Luisiana, y que las tormentas debían de haber traído los sapos hasta aquí.

Resoplé.

—Si dijeran que es un fenómeno mágico resultaría más creíble.

Billy sonrió.

—No te preocupes. Ya saldrá alguien diciendo que es un timo.

—Ya. —Volví a mi Escarabajo y levanté el capó para rebuscar en el compartimento delantero. Regresé con una mochila de nailon de donde saqué un par de pequeños sacos de tela. Le lancé uno a Billy.

—Pilla un par de sapos, anda.

Cogió el saco y frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Para saber si son reales.

Billy arqueó las cejas.

—¿Crees que no lo son?

Le miré guiñando los ojos.

—Venga Billy, haz lo que te digo. No he pegado ojo, no recuerdo cuándo fue la última vez que comí caliente, y tengo mucho que hacer antes de que anochezca.

—Pero ¿por qué no iban a ser reales? A mí me lo parecen.

Resoplé con fuerza e intenté controlar mi mal genio que últimamente no hacía más que empeorar.

—Pueden parecer reales a la vista y al tacto, pero quizá sean construcciones hechas con materia del Más Allá y animadas por la magia. Al menos eso espero.

—¿Por qué?

—Porque eso significaría que es un truco de algún hada que se aburre. A veces hacen estas cosas.

—Vale, pero ¿y si son reales?

—Si son reales quiere decir que tenemos un problema.

—¿Qué clase de problema?

—De los gordos. Fracturas en el tejido de la realidad.

—¿Y eso es malo?

Le miré a los ojos.

—Sí, Billy, es malo. Implica que se está cociendo algo grande.

—Pero ¿y si...?

Entonces estallé.

—No tengo tiempo ni ganas de dar clase hoy. No preguntes.

Billy levantó una mano con gesto conciliador.

—Vale, tío, vale.

Se colocó a mi lado y comenzó a recoger sapos mientras avanzábamos por el parque.

—Bueno, *ejem*, me alegro de verte, Harry. Los chicos y yo nos preguntábamos si te gustaría venir este fin de semana y hacer un poco de vida social.

Recogí un sapo y lo miré indeciso.

—¿Para hacer qué?

Me sonrió.

—Para jugar a los Arcanos, tío. La campaña está muy divertida.

Juegos de rol. Dejé escapar una especie de gruñido. Una anciana con un carrito pasó junto a nosotros, las ruedas chirriaban y giraban con dificultad.

—De verdad, es genial —insistió—. Vamos a asaltar la fortaleza de lord Malocchio, pero tenemos que hacerlo de noche y disfrazados para que el Consejo de la Verdad no sepa qué vigilantes están involucrados. Hay conjuros, demonios, dragones, de todo. ¿Qué me dices?

—Se parece demasiado al trabajo.

Billy suspiró.

—Harry, oye, ya sé que la guerra con los vampiros te tiene un poco estresado, y gruñón. Pero últimamente pasas demasiado tiempo en tu sótano.

—¿De qué guerra hablas?

Billy puso los ojos en blanco.

—La gente habla, Harry. Sé que la Corte Roja de los vampiros declaró la guerra a los magos después de que quemaras la casa de Bianca el otoño pasado. Sé que desde entonces han intentado matarte en un par de ocasiones. Sé incluso que los magos del Consejo Blanco pronto vendrán a Chicago para decidir qué hacer.

Exclamé furioso:

—¿Qué Consejo Blanco?

Suspiró.

—No es un buen momento para que te conviertas en un ermitaño, Harry. Vamos, mírate. ¿Cuándo fue la última vez que te afeitaste? ¿Te duchaste? ¿Te cortaste el pelo? ¿O pusiste una lavadora?

Me rasqué la incipiente barba que me cubría parte de la cara.

—Sí que salgo. He salido muchas veces.

Billy cogió otro sapo.

—Ya, ¿cuándo?

—Fui contigo y los Alphas a ver un partido de rugby.

Resopló.

—Sí. En enero, Dresden. Estamos en junio.

Billy me miró y frunció el ceño.

—Estamos preocupados por ti. Sí, ya sé que has estado trabajando en un proyecto personal, o algo así, pero este tío sucio y dejado no eres tú.

Me incliné y cogí otro sapo.

—No sabes de lo que hablas.

—Sé más de lo que crees —contestó—. Es por Susan, ¿no? Algo le sucedió el pasado otoño y ahora intentas solucionarlo. Quizás algo que tiene que ver con los vampiros. Por eso se marchó de la ciudad.

Cerré los ojos e intenté no reventar el sapo que sostenía en la mano.

—Cambiemos de tema.

Billy se plantó delante de mí, apuntándome con su barbilla.

—No, Harry. ¡Joder! Has desaparecido de la faz de la tierra, ya casi no pasas por tu despacho, no coges el teléfono, ni siquiera abres cuando llaman a la puerta. Somos tus amigos y nos preocupas.

—Estoy bien —dije.

—Mientes fatal. Se dice por ahí que los rojos están trayendo a su gente a Chicago. Incluso que ofrecen la entrada en la hermandad de los vampiros a cualquiera de sus seguidores que acabe contigo.

—Tonterías —murmuré. Me estaba empezando a doler la cabeza.

—No es un buen momento para que te aísles. Ni siquiera durante el día.

—No necesito niñeras, Billy.

—Harry, te conozco mejor que muchos. Sé que puedes hacer cosas que otros ni sueñan, pero eso no te convierte en un supermán. Todos necesitamos ayuda de vez en cuando.

—Yo no. No ahora. —Metí el sapo en el saco y cogí otro—. No tengo tiempo para eso.

—Oh, lo que me recuerda... —Billy sacó un pedazo de papel doblado del bolsillo del pantalón y lo leyó—. Tienes una cita con un cliente a las tres.

Parpadeé atónito.

—¿Qué?

—Me pasé por tu despacho y cogí algunos mensajes. Una tal señora Sommerset está intentando localizarte, así que la llamé y fijé una cita en tu nombre.

Noté como mi mal genio se encendía otra vez.

—¿Qué has hecho qué?

De repente parecía molesto.

—Además leí tu correo. El casero te ha dejado un aviso de desahucio. Si no le pagas en una semana, te larga de allí.

—¿Qué coño te da derecho a entrar en mi despacho y andar entre mis cosas, Billy? ¿O llamar a mis clientes?

Dio un paso hacia mí bastante enfadado. Tuve que concentrarme en su nariz para no mirarle a los ojos.

—No te des esos aires conmigo, Harry. Soy amigo tuyo, ¡joder! Llevas mucho tiempo escondiéndote en tu apartamento. Deberías agradecerme que te ayude a salvar tu negocio.

—Tienes razón, es mi negocio —le espeté. Por el rabillo del ojo vi avanzar a la mujer del carrito. Las ruedas rechinaron mientras pasaba por detrás de mí—. Mío. Es decir, que no es tuyo.

Sacó un poco la mandíbula.

—Genial. ¿Y por qué no te arrastras hasta tu cueva y esperas a que también te echen de allí? —Extendió los brazos—. ¡Por Dios santo! No hace falta ser mago para saber cuándo alguien se está hundiendo. Sufres y necesitas ayuda.

Le clavé el índice en el pecho.

—No, Billy. No necesito más ayuda. No necesito hacer de niñera de un puñado de mocosos que creen que porque han aprendido un par de trucos, están listos para convertirse en un Llanero Solitario con colmillos y cola. No necesito preocuparme de los vampiros que van a por la gente que quiero porque no me pueden coger a mí. No necesito analizar a toro pasado lo que he hecho, preguntándome quién más saldrá herido por mi culpa. —Me agaché, cogí otro sapo, y arrebaté el saco de manos de Billy al incorporarme—. No te necesito.

Naturalmente, el ataque se produjo en ese mismo momento.

No fue muy sutil para tratarse de un intento de asesinato. Se escuchó el rugido de un motor y vi como una camioneta negra *pick-up* se subía al bordillo de la acera y entraba en el parque, a unos cincuenta metros de donde estábamos. Avanzó con dificultad y giró bruscamente hacia un lado, dejando las marcas de los neumáticos sobre el césped seco. En la parte de atrás, dos hombres se agarraban a una de las barras metálicas de la camioneta. Iban vestidos completamente de negro, con gafas de sol negras sobre pasamontañas también negros. Hasta las armas hacían juego, subfusiles automáticos Uzi, en su versión mini.

—¡Atrás! —grité. Con la mano derecha agarré a Billy y lo empujé detrás de mí. Con la izquierda, agité el brazalete que llevaba en la muñeca y del que colgaban varios escudos pequeños de estilo medieval. Levanté la mano izquierda hacia la camioneta, concentré toda mi voluntad y al desviarla hacia el brazalete surgió repentinamente una media esfera transparente y brillante que se interponía entre el vehículo que se acercaba y yo.

La camioneta frenó. Los dos pistoleros no esperaron a que la *pick-up* se estabilizase. Como si fueran dos extras de una película de acción, apuntaron sus armas hacia mí y vaciaron los cargadores en una ráfaga atronadora.

Saltaron chispas del escudo frente a mí, mientras las balas silbaban y gemían al salir rebotadas en todas direcciones. En uno o dos segundos, el brazalete comenzó a calentarse peligrosamente. La energía del escudo concentrada en él lo estaba llevando al límite. Intenté inclinarlo para desviar el mayor número posible de balas hacia el cielo. No quería ni imaginar dónde podían acabar todos aquellos proyectiles, pero deseé que no se incrustaran en ningún coche cercano o alcanzarán a algún transeúnte.

Sendos *clics* indicaron que las armas se habían quedado sin munición. Con un estilo bastante torpe y poco profesional, los matones comenzaron a recargar.

—¡Harry! —gritó Billy.

—¡Ahora no!

—Pero...

Bajé el escudo y levanté la mano derecha, con la que proyecto energía. El anillo de plata que llevaba en el dedo índice tenía un conjuro con el que acumulaba un poco de energía cinética cada vez que movía el brazo. Hacía meses que no lo usaba, así que la fuerza acumulada debía de ser tremenda. De hecho dudé en usarla contra los pistoleros. Con semejante potencia podía matar a uno de ellos y eso sería casi como dejar que me llenaran el cuerpo de plomo, solo que con efectos retardados. El Consejo Blanco no juzga con ligereza a aquellos que violan la primera ley de la magia: no matarás. Yo conseguí librarme una vez gracias a un tecnicismo, pero no creo que eso se vuelva a repetir.

Rechiné los dientes, dirigí el golpe hacia un punto cercano a uno de los matones y disparé el anillo. Una fuerza bruta, invisible pero tangible, atravesó el espacio como un latigazo y alcanzó al primer pistolero con un golpe oblicuo en la parte superior del tronco. El arma automática chocó contra su pecho y el impacto le arrancó las gafas de sol y le hizo jirones la ropa mientras lo lanzaba por los aires para aterrizar en alguna parte detrás de la camioneta.

La intensidad del golpe que recibió el segundo matón fue inferior, pero le impactó en un hombro y en la cabeza. No soltó el arma, pero perdió las gafas de sol que salieron volando junto con el pasamontañas, dejando ver el rostro de un joven bastante normal que a duras penas tendría edad para votar. Guiñó los ojos ante la intensidad de la luz y luego prosiguió en su intento de recargar.

—Son críos —gruñí, mientras volvía a subir el escudo—. Envían críos a matarme. Increíble.

Y entonces algo hizo que los pelos de la nuca intentaran levantarme del suelo. Mientras el chico de la pistola se preparaba para disparar, miré por encima de mi hombro.

La anciana del carrito se había detenido a unos cuatro metros detrás de mí. En ese momento me di cuenta de que no era tan vieja como había pensado. Bajo su disfraz, distinguí el destello de unos ojos

negros y fríos. Sus manos, sin arrugas, eran las de una mujer joven. Del carrito sacó una escopeta recortada y me apuntó con ella.

Las balas de la automática chocaban contra mi escudo, y todo lo que podía hacer era mantenerlo en su sitio. Si utilizaba algún otro truco para defenderme del tercer atacante, perdería la concentración y con ella el escudo, y novato o no, el pistolero de la camioneta estaba repartiendo tanto plomo que solo era cuestión de tiempo que acabara alcanzándome.

Por otro lado, si la asesina disfrazada conseguía disparar la recortada desde tan solo cuatro metros de distancia, nadie se molestaría en llevarme al hospital. Iría directo a la morgue.

Las balas golpeaban el escudo, y lo único que podía hacer era observar que el tercer atacante se colocaba en posición. Estaba jodido y probablemente Billy también.

En ese momento Billy pasó a la acción. Se había quitado la camiseta, y mostraba unos músculos impresionantes, planos, duros, de atleta, no como esos cuidadosamente esculpidos a base de hacer pesas. Se lanzó hacia delante, hacia la mujer con la recortada, perdiendo el pantalón del chándal en el camino. No llevaba nada debajo.

Entonces sentí la magia de Billy, penetrante, precisa, concentrada. No había nada de ritual en lo que hizo, no tuvo que reunir lentamente su fuerza para después liberarla. Su silueta se desdibujó al moverse, y entre una respiración y la siguiente, Billy el hombre desnudo, desapareció y Billy el hombre lobo cayó sobre la mujer. Una bestia de pelo oscuro y el tamaño de un gran danés hundió sus colmillos en la mano que agarraba el cañón de la escopeta.

La mujer gritó, apartó la mano con los dedos ensangrentados e intentó golpear a Billy con la escopeta como si fuera una porra. Él se apartó y recibió el golpe sobre los hombros con un gruñido. Después, se lanzó a por la otra mano con la rapidez de un rayo y la escopeta cayó al suelo.

La mujer gritó de nuevo y retiró la mano.

No era humana.

Sus dedos y palmas se dilataron, alargándose, al igual que sus hombros y su mandíbula. Sus uñas se convirtieron en feas y toscas garras que se clavaron en Billy, dejándole varios surcos por toda la mandíbula y haciéndole ladrar y gruñir de dolor. Billy rodó sobre un costado y se puso de nuevo en pie, mientras giraba para obligar a aquella cosa a enfrentarse a mí.

El pistolero de la camioneta volvió a quedarse sin munición. Entonces, bajé el escudo y arremetí contra él en un intento por arrebatarme el arma. Lo conseguí y grité:

—¡Billy, aparta!

El lobo se echó a un lado y la mujer se revolvió para hacerme frente, sus deformados rasgos mostraban furia, y de su boca babeante, sobresalían unos colmillos enormes.

Apunté con la pistola hacia su estómago y apreté el gatillo.

El arma rugió y retrocedió, golpeándome con fuerza en el hombro. Posiblemente un calibre diez o balas de punta redondeada. La mujer se estremeció, dejando escapar un alarido. Luego se tambaleó y cayó. Pero no estuvo en el suelo mucho tiempo. Prácticamente al instante se incorporó de un salto con el vestido manchado de rojo y hecho andrajos, y un rostro que carecía ya de cualquier rasgo humano. Pasó delante de mí como una exhalación y se subió a la parte trasera de la camioneta. El pistolero arrastró a su compañero hasta el vehículo y el conductor pisó a fondo el acelerador. La camioneta derrapó un poco antes de avanzar, se subió de nuevo a la calzada y desapareció entre el tráfico.

Durante unos segundos observé, jadeando, como se alejaba.

Bajé el arma, y me di cuenta de que, sin saber cómo, me las había apañado para no soltar el sapo que había cogido con la mano izquierda. Se movía y se retorció como si hubiese estado a punto de morir aplastado, así que aflojé un poco la mano sin dejar que se me escapara.

Me giré en busca de Billy. El lobo se acercó al pantalón del chándal que se había quitado antes y lo olfateó, resplandeció durante unos segundos y se convirtió una vez más en un hombre joven desnudo. Tenía dos cortes bastante largos en la cara, paralelos a la mandíbula. Por la garganta le corría un hilo de sangre. Parecía un poco tenso, pero aparte de eso, no dio más muestras de dolor.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Asintió y se puso los pantalones y la camiseta.

—Sí, ¿qué coño ha sido eso?

—Una *ghoul* —contesté—. Probablemente del clan La Chaise. Trabajan para la Corte Roja y no les caigo muy bien.

—¿Y eso por qué?

—Les he dado algunos quebraderos de cabeza.

Billy presionó una esquina de su camiseta contra los cortes de la cara.

—No esperaba esas garras.

—Les ayudan a escapar.

—Una *ghoul*, ¿eh? ¿Te la has cargado?

Negué con la cabeza.

—Son como las cucarachas. Se recuperan prácticamente de todo.

¿Puedes caminar?

—Sí.

—Bien, salgamos de aquí. —Nos dirigimos hacia el Escarabajo. En el camino, recogí el saco lleno de sapos y lo agité bocabajo para que se vaciara. Dejé el sapo al que casi reviento en el suelo, junto a los demás y después me limpié la mano en el césped.

Billy me miró de reojo.

—¿Por qué los sueltas?

—Porque son reales.

—¿Cómo lo sabes?

—El que tenía agarrado se me ha cagado en la mano.

Billy se subió al Escarabajo azul y yo entré por la otra puerta. Saqué el botiquín que guardaba bajo mi asiento y se lo ofrecí. Billy se limpió la cara con una gasa mientras miraba los sapos.

—Así que las cosas se ponen feas.

—Sí —le confirmé—, las cosas se ponen feas.

Guardé silencio durante un minuto y luego añadí:

—Me has salvado la vida.

Billy se encogió de hombros. No me miró.

—Entonces, ¿la cita es a las tres en punto, no? ¿A qué nombre era? ¿Sommerset?

Se volvió hacia mí y evitó sonreír con los labios, aunque no con los ojos.

—Sí.

Me rasqué la barba y asentí.

—Últimamente me he descuidado un poco. Creo que pasaré a darme una ducha.

—Sería de agradecer —apuntó Billy.

Suspiré.

—A veces soy un gilipollas.

Billy soltó una carcajada.

—A veces. Eres humano, como todos nosotros.

Arranqué el Escarabajo. Se quejó un poco, pero conseguí ponerlo en marcha.

En ese momento algo pesado golpeó el capó con fuerza. Otra vez. De nuevo otro impacto, esta vez sobre el techo.

Me sentí invadido por una fuerte sensación de mareo y las náuseas aparecieron de forma tan potente y repentina que me aferré al volante en un intento por no desvanecerme. A lo lejos, oí a Billy preguntarme si me encontraba bien. No me encontraba bien.

Sentí como la energía se retorció y se agitaba en el aire, en una distorsión febril. Las fuerzas de la magia que generalmente se mueven en secuencias planas y serenas, de repente se estaban aglutinando en un caos terrible y enloquecedor.

Intenté apartar esas sensaciones de mí y me esforcé por abrir los ojos. Llovían sapos. No es que cayera uno de vez en cuando, sino que llovían en tal cantidad que oscurecieron el cielo. Y el aterrizaje de los pobres bichos ya no era suave, como antes. Impactaban contra el suelo como granizo, reventando contra el asfalto, o contra el capó de mi Escarabajo. De hecho, uno resquebrajó mi parabrisas, formando grietas en forma de telaraña. Metí la primera y salimos de allí a toda prisa. Tras unos cientos de metros, dejamos aquella lluvia sobrenatural atrás.

Los dos respirábamos demasiado rápido. Billy tenía razón. En términos mágicos, la lluvia de sapos significaba que se estaba preparando una buena. El Consejo Blanco iba a llegar hoy a la ciudad para debatir sobre la guerra. Yo tenía una cita con un cliente y los vampiros habían hecho una demostración de osadía, atacándome más abiertamente de lo que habían hecho nunca.

Le di al limpiaparabrisas. La sangre del sapo se había metido por las ranuras del cristal resquebrajado.

—¡Dios santo! —murmuró Billy.

—Sí —contesté—. Y solo han sido sapos, imagina cuando caigan las culebras.

Dejé a Billy en su apartamento, cerca del campus. Aunque supuse que la *ghoul* no presentaría ninguna denuncia en comisaría, limpié bien la escopeta. Billy la envolvió en una toalla que había en el asiento trasero del Escarabajo y se la llevó, prometiendo que se desharía de ella. Su novia, Georgia, una chica esbelta que le sacaba una cabeza, lo esperaba en la terraza del apartamento. Iba vestida con unos pantalones cortos negros y la parte superior de un bikini rojo, haciendo gala de un bonito bronceado con una tranquilidad y confianza que no le había conocido hacía tan solo un año. Vaya, ¡cómo han crecido estos chavales!

En cuanto Billy salió del coche, Georgia alzó la vista de su libro y contuvo el aliento. Se metió en la casa y salió a la puerta de la calle con un botiquín de primeros auxilios. Miró al coche con aire de preocupación y me saludó con una inclinación de cabeza. Respondí a su saludo con la mano, en un intento de parecer amigable, pero por la expresión de su cara creo que no lo conseguí. Entraron en el edificio y yo me marché antes de que saliera alguien a darme conversación.

Un minuto después, aparqué, apagué el motor y me miré en el espejo retrovisor de mi Escarabajo.

Y lo que vi me sorprendió. Ya sé que parece una tontería, pero yo no tengo espejos en casa. Son muchas las cosas que se sirven de los espejos como ventanas, o incluso puertas, y ese era un riesgo que prefería no correr. Hacía semanas que no me miraba cara a cara.

Y tenía un aspecto lamentable.  
Peor de lo habitual, quiero decir.

Mis rasgos normalmente son alargados, delgados y angulosos. Tengo el pelo casi negro que combina con unos ojos también oscuros. Pero ahora me habían salido canas y unas ojeras de color morado. Muy marcadas. Las líneas de la cara que no estaban cubiertas por una barba de varios meses eran tan afiladas como los bordes de una tarjeta de visita.

Llevaba el pelo largo y enmarañado, pero no en plan «joven y atractiva estrella de *rock*», sino más bien en el de «¡a este perro hay que cortar el pelo ya!». Ni siquiera podía decir que lo llevaba todo por igual porque una buena parte se me había chamuscado al abrir una pequeña bomba incendiaria que me enviaron con la pizza que pedí, en aquellos tiempos en los que aún me podía permitir esos lujos. Estaba pálido. Incluso macilento. Parecía la Parca sofocada, como si alguien la hubiera obligado a correr la maratón de Boston. Tenía aspecto cansado. Consumido. Acabado.

Me recosté en mi asiento.

Odio no tener razón. Pero parecía que Billy y los licántropos (dicho así parece el nombre de un grupo de *rock* cutre) estaban en lo cierto. Intenté pensar en la última vez que me había cortado el pelo, o afeitado. Me había duchado la semana pasada, ¿no?

Me pasé las manos temblorosas por la cara. Últimamente los días y las noches se confundían. Pasaba todo el tiempo en el laboratorio que hay bajo mi apartamento, investigando las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Ritmos circadianos ¡ja! Me daba igual que fuera de día o de noche, tenía demasiado en lo que pensar para prestar atención a semejantes menudencias.

Unos nueve meses antes casi consigo que maten a mi novia. Puede que algo aún peor.

Cuando nos conocimos, Susan Rodríguez trabajaba como periodista en un periódico sensacionalista llamado *Midwestern Arcane*. Era una de las pocas personas que conocía dispuesta a creer que lo sobrenatural formaba parte de la realidad. Se aferraba a cualquier detalle, cualquier historia o prueba que sirviera para concienciar a la opinión pública sobre la existencia del mundo mágico. Hasta que una noche, me siguió a una fiesta de vampiros.

Y los monstruos la cogieron.

Billy también tenía razón con respecto a eso. Los vampiros, la Corte Roja, la cambiaron. O quizá sería más exacto decir que la infectaron. Aunque técnicamente seguía siendo humana, le habían contagiado su

sed macabra. Si alguna vez la saciaba, se convertiría en uno de ellos. Parte de ella moriría y sería un monstruo más, en cuerpo y alma.

De ahí mi trabajo de investigación. He estado buscando alguna forma de ayudarla. De crear una vacuna, o un remedio para curarla. Algo. Lo que sea.

Le pedí que se casara conmigo. Me contestó que no. Después, se marchó. Sigo leyendo su columna en el *Arcane*. Supongo que se las envía por correo a su editor, así que al menos sé que está viva. Me pidió que no la siguiera y no lo he hecho. Ni pensaba hacerlo, no hasta que no descubriera como sacarla del lío en que la había metido. Tenía que haber algo que yo pudiera hacer.

Tenía que ayudarla, necesitaba ayudarla.

Bajé la cabeza y contraí los músculos del rostro con tanta fuerza que me dio un calambre. La cara me dolía, me ardía. Sentía un gran peso en el pecho y todo mi cuerpo parecía hervir de impotencia. Soy un mago. Debería haber protegido a Susan. Debería haberla salvado. Debería haberla ayudado. Debería haber sido más listo, más rápido, mejor.

Deberías haberle dicho que la querías antes de que fuera demasiado tarde, ¿verdad Harry?

Intenté contener el llanto. Tuve que echar mano de mis años de preparación, experiencia y autocontrol para ahogar las lágrimas. Llorar no serviría de nada. No estaría más cerca de encontrar la cura para Susan.

Pero estaba demasiado cansado.

Escondí la cara entre mis manos. No quería que nadie me viera llorar.

Tardé bastante tiempo en recuperar el control. No estoy seguro de cuánto, pero las sombras se habían movido y me estaba cociendo en el coche, a pesar de tener las ventanillas bajadas.

Entonces pensé que era un idiota al quedarme allí sentado, en la calle y a plena luz del día, para que me encontrara algún otro matón a sueldo de los vampiros. Estaba cansado, sucio y hambriento, pero no llevaba dinero para comprar comida y por la posición del sol, tampoco tenía tiempo de volver a casa a tomarme una sopa. No si quería llegar a tiempo a mi cita con la señora Sommerset.

Y necesitaba ese trabajo. Billy también tenía razón en eso. Si no comenzaba a ganar dinero, perdería el despacho y el apartamento. No

creo que pudiera investigar gran cosa viviendo en una caja de cartón en alguna callejuela.

Bien, había que ponerse en movimiento. Me peiné un poco con los dedos, sin conseguir gran cosa, y me dirigí a mi despacho. Un reloj que vi de pasada me indicó que iba con un par de minutos de retraso. Entre eso y mi aspecto, iba a causar una gran impresión. El día no hacía más que empeorar.

Mi despacho está en un edificio cerca del centro. No es gran cosa, pero aquel día pareció hasta demasiado bueno para mí. El envejecido guarda de seguridad de la entrada me miró con recelo, pero me reconoció. Si hubiera sido nuevo en el puesto, me habría echado de allí sin contemplaciones. Lo saludé con una inclinación de cabeza y sonreí, intentando parecer un tío emprendedor. *Ja*.

Pasé por delante del ascensor camino de las escaleras. Había un letrero en la puerta que decía que estaba averiado. La verdad es que no había vuelto a ser el mismo desde que un escorpión gigante consiguió entrar en la cabina y alguien no tuvo más remedio que lanzar el aparato hasta el último piso con una ráfaga de viento para aplastar al enorme bicho contra el tejado. El subsiguiente desplome de la cabina hasta el suelo causó grandes daños en todo el edificio, y desembocó en un aumento de los alquileres.

O eso fue lo que me contaron. No me miréis así. Podría haber sido cualquiera. Vale, quizá no el ortodoncista del cuarto, ni el psiquiatra del sexto. Seguramente tampoco los de la agencia de seguros del séptimo, ni el contable del noveno. Quizá no fueran los abogados de la última planta. Quizá. Pero cuando algo sale catastróficamente mal, no siempre soy yo el culpable.

Bueno, da igual, nadie puede demostrar nada.

Abrí la puerta de las escaleras y subí hasta mi despacho, en la quinta planta. Recorrí el pasillo, dejé atrás el suave murmullo de la consultoría que ocupaba casi toda la planta, y me detuve ante la puerta de mi despacho.

Las letras sobre el cristal templado decían: «Harry Dresden, mago». Me dispuse a abrir la puerta y cuando mi mano estaba a solo unos centímetros del pomo, saltó una chispa, estallando contra mi piel con un pequeño y agudo latigazo de dolor.

Me quedé inmóvil. A pesar de que el aire acondicionado estaba conectado y funcionando, no hacía fresco ni sentía el ambiente especialmente seco. Llamadme paranoico, pero no hay nada como un

intento de asesinato a plena luz del día para hacer que un hombre ande con cautela. Me concentré en mi brazalete de nuevo y aproveché aquel miedo para crear un escudo en caso de que lo necesitase.

Con la otra mano abrí la puerta.

Mi despacho suele estar muy ordenado. O por lo menos, no lo recordaba tan caótico como lo veía ahora. Teniendo en cuenta el poco tiempo que había pasado allí últimamente, me pareció injusto que estuviera tan mal. La mesa junto a la puerta, donde guardaba un puñado de folletos en los que se podían leer cosas como: «Magia para bobos» y «Soy mago, pregúntame cómo lo conseguí», estaba arrinconada contra la pared. Los folletos se encontraban desperdigados sobre la mesa y por el suelo. Olía a café quemado hacía tiempo. Supongo que me dejé la cafetera puesta. Vaya. Mi escritorio también estaba cubierto por un montón de papeles sueltos. Había carpetas amontonadas sobre los archivadores y algunos cajones estaban abiertos, con hojas mal colocadas que sobresalían. El ventilador del techo giraba torpemente, haciendo *clíc* con cada rotación.

Era evidente que alguien había intentado poner orden. El correo estaba cuidadosamente apilado en tres montones distintos. Había dos latas sospechosamente vacías. Billy y compañía, supongo.

Entre las ruinas de mi despacho surgió una mujer con la clase de belleza que hace que los hombres maten a sus amigos e inicien guerras.

Estaba de pie, junto a mi mesa, con los brazos cruzados mirando la puerta, las caderas inclinadas hacia un lado y expresión de escepticismo. Tenía el pelo blanco. No era rubia, ni siquiera rubia platino. Su pelo era blanco como la nieve, blanco como el mármol más fino, y lo llevaba recogido como una nube prisionera, dejando al descubierto la delicada línea de su garganta. Con aquel pelo no entiendo cómo su piel podía parecer pálida, pero así era. Sus labios eran del color de una mora helada, lo cual resultaba sorprendente en un rostro tan fino y maravilloso, y sus ojos rasgados eran de un verde profundo que se tiñeron de azul cuando ladeó la cabeza y me miró de arriba abajo. No era joven. No era vieja. Era simplemente impresionante.

Me esforcé para no mirarla con la boca abierta y obligué a mi cerebro a trabajar, tomando nota de su vestuario. Llevaba un traje de chaqueta gris ceniza de corte impecable. La falda tenía el largo justo para que resultara complicado no mirarle las piernas, y los tacones de sus zapatos negros eran lo bastante altos como para

hacerte soñar. Debajo de la chaqueta llevaba una camisa de color marfil y cuello en uve, con un escote lo bastante profundo como para desear no quitarle ojo en caso de que respirara hondo. Unos ópalos con montura de plata brillaban en los lóbulos de sus orejas e iluminaban su garganta con una gama de colores que jamás habría esperado de semejante piedra, demasiados rojos, violetas, y azules oscuros. Su laca de uñas era, extrañamente, opalescente también.

Percibí el aroma de su perfume, salvaje y rico, pesado y dulce como las orquídeas. El corazón se me aceleró y la parte de mi cerebro más sensible a la testosterona lamentó no haberme dado un baño. Y no haberme afeitado. Y no haberme quitado aquel viejo chándal.

Sus labios dibujaron una media sonrisa y alzó una ceja sin decir nada, mientras yo la admiraba boquiabierto.

Una cosa era segura, una mujer así tenía dinero. Mucho dinero. Dinero que yo podía emplear en pagar el alquiler, hacer la compra, incluso puede que tirase la casa por la ventana y me comprase una carretilla para hacer limpieza en mi apartamento. Por un segundo dudé si era apropiado que un mago hecho y derecho, y miembro del Consejo Blanco, se mostrase tan interesado por el vil metal. Enseguida lo tuve claro.

Energías cósmicas sobrenaturales, que os den. Tengo que pagar el alquiler.

—*Hum*, la señora Sommerset, supongo —conseguí articular por fin. A educado a mí no hay quien me gane. Si andaba con cuidado, aún podía tropezar con algo y rematar ya aquel desastre—. Soy Harry Dresden.

—Creo que llega usted tarde —contestó. Sommerset tenía una voz parecida a su ropa, rica, sugerente, cultivada. Con un acento que no pude identificar. Quizá de algún lugar de Europa. Muy interesante—. Su ayudante fijó la hora. No me gusta que me hagan esperar, así que decidí entrar. —Miró mi mesa, y luego otra vez a mí—. Algo de lo que casi me arrepiento.

—Sí, no sabía que usted vendría hasta hace, *hum*...

Desolado, eché un vistazo a mi despacho y cerré la puerta tras de mí.

—Pensaré que esto es poco profesional...

—Así es.

Me acerqué a una de las sillas que tengo para los clientes, frente a mi escritorio y la despejé a toda prisa.

—Por favor, siéntese. ¿Le apetece un café o alguna otra cosa?

—No sé si será muy saludable. ¿Para qué correr riesgos? —Se sentó con la espalda recta en el borde de la silla y me siguió con la mirada mientras yo rodeaba mi escritorio. Noté el peso de sus ojos sobre mí al moverme y me senté tras mi mesa con el ceño fruncido.

—¿Es usted de las que se arriesgan?

—Me gustan las apuestas seguras —murmuró—. Como usted, señor Dresden. He venido aquí hoy para decidir si puedo apostar por sus habilidades. —Guardó silencio y luego añadió—: De momento, la impresión no es muy buena.

Apoyé los codos en la mesa y junté las yemas de los dedos con las palmas separadas, formando un triángulo.

—Sí, ya sé que todo esto me hace parecer...

—¿Desesperado? —sugirió—. ¿Cómo si estuviera obsesionado con otros asuntos? —Con una inclinación de cabeza señaló los sobres que se amontonaban sobre mi escritorio—. Parece que va a perder su lugar de trabajo en breve si no paga sus deudas. Creo que necesita este trabajo. —Se incorporó—. Y si usted carece de la capacidad necesaria para ocuparse de asuntos tan baladíes, dudo que me sea de ninguna utilidad.

—Espere —dije, incorporándome—. Por favor. Al menos cuénteme de qué se trata. Si al final resulta que la puedo ayudar...

Subió la barbilla y me interrumpió con suavidad.

—Pero esa no es la cuestión, ¿sabe? —matizó—. La cuestión es si yo creo que usted puede ayudarme, y no he visto nada que me haga pensar que sí. —Hizo una pausa y se volvió a sentar otra vez—. Y sin embargo...

Volví a sentarme al otro lado de la mesa.

—¿Sin embargo?

—Me han llegado rumores, señor Dresden, sobre personas con habilidades como las tuyas. Como la de ver la esencia de las personas.

Negué con la cabeza.

—Yo no lo llamaría habilidad, son cosas que pasan.

—Pero puede ver en su interior, usted lo llama ver el alma, ¿no es así?

Asentí pesadamente y comencé a encajar varias piezas del rompecabezas.

—Sí.

—¿Y eso le sirve para descubrir así su verdadera naturaleza? ¿Para conocer la verdad sobre esa persona a la que está mirando?

—Y ellos también me ven a mí. Sí.

Sonrió, radiante y maravillosa.

—Entonces mirémonos a los ojos, señor Dresden, usted y yo. Así sabré si me puede ser útil. Al menos no hay nada que perder.

—Yo no estaría tan seguro. Es una experiencia que nunca la abandonará. —Como la cicatriz de una apendicetomía o la calvicie. Cuando uno mira el alma de otra persona, no se olvida jamás. Nunca. No me gustaba nada el giro que había dado la conversación—. No creo que sea una buena idea.

—¿Pero por qué no? —insistió—. No tardará nada, ¿verdad señor Dresden?

—Ese no es el tema.

Sus labios formaron una fina línea.

—Entiendo. Entonces, si me disculpa...

Esta vez fui yo quien la interrumpió.

—Señora Sommerset, creo que ha cometido un error de cálculo.

Sus ojos brillaron, mostrando por un momento enfado, aunque frío y lejano.

—¿Ah sí?

Asentí. Abrí el cajón de mi escritorio y saqué una hoja de papel.

—Sí. Recientemente estoy pasando por una mala racha.

—Le aseguro que su situación no me interesa lo más mínimo.

Cogí un bolígrafo, le quité la capucha y la coloqué junto a la hoja.

—Ya. Entonces se presenta usted aquí. Rica, hermosa, como algo demasiado bueno para ser cierto.

—¿Y? —preguntó.

—Que es demasiado bueno para ser cierto —repetí. Saqué mi revólver del calibre 44 del cajón, la apunté con él y lo amartillé—. Llámeme loco, pero últimamente pienso que si algo es demasiado bueno para ser cierto, probablemente lo sea. Ponga las manos sobre la mesa, por favor.

Alzó las cejas. Aquellos hermosos ojos se abrieron lo suficiente para mostrar su parte blanca. Tragó saliva y colocó las manos sobre mi escritorio.

—¿Qué cree que está haciendo? —preguntó.

—Compruebo una teoría —contesté. Seguí apuntándola con el arma y mis ojos, y abrí otro cajón—. Verá, recientemente he estado recibiendo visitas desagradables, por lo que más o menos sé a qué atenerme. Y creo que la he calado.

—No sé de qué está hablando, señor Dresden, pero estoy segura de que...

—No se moleste. —Rebusqué en un cajón y encontré lo que necesitaba. Saqué un viejo tornillo metálico y lo coloqué sobre el escritorio.

—¿Qué es eso? —preguntó en un susurro.

—El test de Litmus —contesté.

Entonces empujé suavemente el tornillo con un dedo y avanzó rodando hacia el otro lado de mesa y hacia sus cuidadas manos de manicura perfecta.

No se movió hasta un segundo antes de que el tornillo la tocara, y justo en ese momento, se alzó como un torbellino y apareció a dos pasos de mi mesa, haciendo caer la silla sobre la que se había sentado. El tornillo siguió rodando hasta desaparecer por el borde del escritorio y golpear después el suelo con un sonido metálico.

—Hierro —dije—. Frío hierro. A las hadas no les gusta.

Su rostro quedó inexpresivo. Hacía solo un momento había mostrado un desprecio arrogante, superioridad y una natural seguridad en sí misma. Pero todo eso desapareció, dejando sus hermosas facciones frías, lejanas y vacías de toda emoción o cualquier rasgo que pareciera humano.

—Aún faltan meses para que se cumpla el plazo que acordé con mi madrina —dije—. Durante un año y un día debía dejarme en paz. Ese fue el trato. Si lo que pretende es jugármela, me voy a enfadar.

Me miró en silencio durante unos momentos más. Resultaba inquietante que aquel rostro tan hermoso pareciera tan extraño, como si detrás de aquellas facciones se moviese algo que nada tenía en común conmigo y al que tampoco le preocupaba no comprenderme. Aquella máscara blanca hizo que se me tensara la garganta, y tuve que esforzarme para que la pistola no temblara en mi mano. Pero entonces hizo algo que la hizo parecer aún más extraña, más aterradora.

Sonrió. Una sonrisa lenta y cruel como el filo de una sierra. Cuando habló, su voz sonó tan hermosa como antes, pero estaba vacía, serena, escalofriante. Habló y sentí deseos de acercarme para escucharla con más claridad.

—Listo —murmuró—. No tan distraído como para no pensar. Justo lo que necesito.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—No quiero líos —dije—. Váyase y haremos como que nada de esto ha pasado.

—Pero ha pasado —murmuró. El sonido de su voz bastaba para bajar la temperatura de la habitación—. Ha visto a través de este disfraz. Ha demostrado su valía. ¿Cómo lo ha hecho?

—Por el calambrazo del pomo —contesté—. La puerta estaba cerrada. No debería haber podido entrar. Y eludí mis preguntas en lugar de contestarlas.

Asintió sin dejar de sonreír.

—Siga.

—No lleva bolso. Pocas mujeres vestidas con un traje de tres mil dólares salen sin bolso.

—*Hum* —dijo—. Sí. Es usted perfecto para la misión, señor Dresden.

—No sé de qué me está hablando —repuse—. No quiero tener nada que ver con ningún hada.

—No me gusta que me llamen así, señor Dresden.

—Ya lo superará. Salga de mi despacho.

—Debería saber, señor Dresden, que las de mi especie, desde las más pequeñas a las más grandes, están obligadas a decir siempre la verdad.

—Eso no ha mermado su habilidad para engañar.

Sus ojos brillaron, y vi como cambiaban sus pupilas, dejando la forma redonda de los humanos y adoptando la alargada de los felinos. Ojos de gato. Me miró sin pestañear.

—Mantengo lo dicho. Pienso jugar y apostaré por usted.

—¿Qué?

—Necesito sus servicios. Se ha producido un robo. Quiero que recupere lo robado.

—A ver si he comprendido bien —dije—. ¿Pretende que le devuelva algo que le han robado?

—A mí no —murmuró—. A sus legítimos dueños. Quiero que descubra y atrape al ladrón, y limpie mi buen nombre.

—Hágalo usted misma.

—En este asunto no puedo actuar yo sola —dijo en voz baja—. Por eso lo he elegido para que sea mi emisario. Mi agente.

Solté una carcajada. Aquello hizo que apareciera algo en aquellas facciones perfectas y pálidas, era ira. Un destello de furia fría y terrible relampagueó en sus ojos y consiguió helarme la risa en la garganta.

—Me parece que no —dije—. No quiero más tratos con los de su clase. Ni siquiera sé quién es usted.

—Querido niño —susurró, con cierta sorna en su voz—. El trato ya lo hiciste. Ofreciste tu vida, tu fortuna, tu futuro a cambio de poder.

—Sí, a mi madrina. De todas formas, eso de que hice un trato aún está por ver.

—Ya no —dijo—. Hasta en el mundo de los mortales, las deudas cambian de manos. He comprado tu hipoteca.

Se me heló la sangre.

—¿Qué está diciendo?

Dejé ver sus dientes, afilados y blancos. No estaba sonriendo.

—Tu deuda, niño mortal, la he comprado. Ahora es mía. Me perteneces. Y me ayudarás en este caso.

Dejé la pistola sobre mi escritorio y abrí el primer cajón. Saqué un abrecartas, de los que se compra en cualquier tienda, de hoja pesada y plana, con el mango atornillado.

—Te equivocas —dije y la falta de convicción de aquellas palabras resultó evidente hasta para mí—. Mi madrina jamás haría eso. Me parece que lo que quieres es embaucarme.

Sonrió, estudiándome, sus ojos brillaban.

—Entonces deja que te lo demuestre.

Mi mano izquierda golpeó la mesa con fuerza. Observé atónito, como con la otra cogía el abrecartas igual que si estuviera en una película de acción. Presa del pánico, intenté detener mi mano, conseguir que soltara el abrecartas, pero mis brazos parecían tener el piloto automático puesto, como si no me pertenecieran.

—¡Espera! —grité.

Me miró, fría y distante, con curiosidad.

Hundí con fuerza el abridor de cartas en el dorso de mi propia mano. Mi escritorio es de los baratos. La punta de acero atravesó limpiamente la carne entre el pulgar y el índice y se incrustó en la mesa, dejándome allí clavado. Una oleada de dolor me recorrió el brazo al mismo tiempo que la sangre comenzaba a brotar de la herida. Intenté defenderme, pero el miedo me atenazaba y no estaba en condiciones de ejercer ningún tipo de autocontrol. Se me escapó un gemido. Intenté liberarme, sacármelo de la mano, pero en lugar de eso, mi brazo comenzó a girar y retorcer el abrecartas en el sentido de las agujas del reloj.

El dolor me dejó sin fuerzas. Apenas era capaz de coger aire suficiente para gritar.

La mujer, el hada, se acercó y apartó mi mano del abrecartas. Tiró de él con un gesto preciso y decidido, y lo dejó sobre la mesa. La hoja estaba cubierta de sangre.

—Mago, sabes tan bien como yo que si no estuvieras ligado a mí, no tendría ningún poder sobre ti.

En ese momento, lo único que sabía era que me dolía la mano, pero de alguna manera tuve la certeza de que estaba diciendo la verdad. Las hadas no pueden presentarse ante ti y convertirte en una marioneta. Tienes que darles permiso. Eso hice yo hace años con Lea, mi madrina, cuando era más joven y más tonto. Le di esquinazo el año pasado y la obligué a concederme una tregua que debería protegerme durante año y medio.

Sin embargo, le pasó las riendas a otra. A alguien para quien aquel segundo trato no resultaba vinculante.

Alcé la vista, y el dolor y la repentina furia transformaron mi voz en un áspero y profundo gruñido:

—¿Quién eres?

La mujer pasó la uña opalescente por la sangre de mi escritorio. Se la llevó a los labios y la acarició con la lengua, sin mucho interés. Sonrió lentamente, sensual y extraña.

—Tengo varios nombres —respondió—. Pero me puedes llamar Mab, reina del Aire y la Oscuridad. Soberana de la Corte de Invierno de las sidhe.

El estómago se me puso del revés.

Una reina hada. Una reina hada en mi despacho. Estaba mirando a una reina hada. Estaba hablando con una reina hada.

Y me tenía cogido por las pelotas.

Caray, y yo que pensaba que antes ya estaba en la lista de especies en peligro.

El miedo se parece bastante al agua helada. A veces es un sentimiento frío que tragas, baja por la garganta y se extiende por el pecho. Te deja sin aliento y acelera el corazón justo cuando no te conviene, para después expandirse por las tripas y las caderas, haciendo que te estremezcas. Luego se dirige a los muslos, las rodillas (a veces con una indecorosa paradita en el camino), y te roba la fuerza que deberías emplear en salir de allí pitando.

Me tragué gran parte de ese miedo, sin apartar la vista de la tóxica belleza del hada que se sentaba al otro lado de la mesa.

Aquello la hizo sonreír.

—Sí —musitó—. Lo bastante listo como para tener miedo. Como para comprender la situación, al menos en parte. ¿Cómo te sientes al saber lo que sabes, niño?

Mi voz sonó insegura y más débil de lo que me habría gustado.

—Como Tokio cuando Godzilla llega a la playa.

Mab ladeó la cabeza, observándome con la misma sonrisa. Quizá no lo había pillado. O puede que no le hiciera gracia que la comparasen con un lagarto gigante. O quizá sí le gustó. En fin, ¿yo qué sé? Ya me cuesta bastante adivinar estas cosas en mujeres normales.

No la miré a los ojos. Ya no me preocupaba ver su alma. Para que eso ocurra ambas partes deben tenerla. Sin embargo, se pueden transmitir muchas cosas sosteniendo una mirada durante demasiado tiempo. Todo tipo de emociones y metáforas. Me concentré en su barbilla, la mano me ardía de dolor y el miedo me había dejado sin palabras.

Odio tener miedo. Es lo que más detesto en el mundo. Como sentirme indefenso. Tampoco me gusta que me apabullen y en aquellos momentos me sentía como si Mab me hubiese metido el puño por la garganta y me pidiera el dinero de la merienda.

Reinas hadas. Mal asunto. Pero que muy malo. Más o menos como invocar a algún antiguo y rancio dios o enfrentarse al Consejo Blanco; no se topaba uno todos los días con alguien tan poderoso como Mab. En un gesto patético, podría haberle lanzado un puñetazo mágico o haber intentado echarla, pero en el mejor de los casos no habría conseguido ni despeinarla. Y estaba ligado a ella, tenía una especie de salvoconducto mágico. Cualquier cosa que me enviase superaría mis defensas sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

Los abusones me cabrean y ya se sabe que cuando me cabreo hago muchas tonterías.

—Ni hablar —dije con la voz ardiendo—. No hay trato. Así que, adelante, hazme puré. Y cierra bien la puerta al salir.

Mi respuesta no pareció molestarla. Cruzó los brazos y dijo en voz baja:

—Toda esa ira. Todo ese fuego. Sí. Vi como neutralizaste a tu madrina el hada Leanan el otoño pasado. Admiro esa clase de fuerza, mago. Necesito esa clase de fuerza.

Rebusqué con torpeza en mi escritorio y encontré una caja de pañuelos de papel que empecé a colocarme sobre la herida.

—No me importa si me necesitas o no —le contesté—. No voy a ser tu emisario ni ninguna otra cosa a no ser que me obligues, y en ese caso, dudo mucho que te sirva de algo. Así que, haz lo que tengas que hacer o sal de mi despacho.

—Pues debería importarte, señor Dresden —respondió—. Porque te concierne particularmente. He comprado tu deuda para hacerte una oferta, para darte la oportunidad de liberarte de tus obligaciones.

—Ya, claro. Ni te molestes. No me interesa.

—Me servirás, mago, o serás servido. Como comida. ¿No te gustaría ser libre?

La miré con desconfianza mientras la cabeza se me llenaba de imágenes mías asándome en una barbacoa con una manzana en la boca.

—¿Qué quieres decir con «libre»?

—Libre —dijo, envolviendo la palabra con aquellos labios de mora helada de forma que no me pasaran desapercibidos—. Libre de la influencia de cualquier sidhe, del compromiso que adquiriste con Leanan primero y ahora conmigo.

—¿Todo quedaría olvidado? ¿Y cada uno seguiría por su lado?

—Exactamente.

Miré mi mano herida y fruncí el ceño.

—No te hacía por una partidaria de la libertad como concepto, Mab.

—No saques conclusiones tan a la ligera, mago. Adoro la libertad. Todo aquel que no la tiene, la desea.

Respiré hondo e intenté controlar mi frecuencia cardíaca. No podía dejar que el miedo o la ira decidieran por mí. Mi instinto me gritaba que cogiera el revólver y probara suerte, pero tenía que pensar. Era lo único que valía con las hadas.

La oferta de Mab era sincera. Lo podía sentir, lo intuía de una forma tan primaria, tan visceral que no había lugar para la duda. Me liberaría si aceptaba su trato. Por supuesto, el precio quizá fuera demasiado alto. Aún no había tocado ese tema. Y las hadas saben cómo conseguir que los tratos posteriores te esclavicen en lugar de liberarte. Como las empresas de tarjetas de crédito, o los que conceden créditos estudiantiles. Al final lo acabas pagando.

Sentía los ojos de Mab sobre mí, Silvestre observando a Piolín. Ese pensamiento me animó un poco. Por lo general, Piolín acaba zurrando la badana a Silvestre.

—Vale —contesté—. Te escucho.

—Tres peticiones —susurró Mab, mostrándome tres dedos a modo de confirmación visual—. En algún momento, te pediré que hagas algo. Cuando hayas satisfecho las tres peticiones, tu compromiso conmigo expirará.

Por un momento se hizo el silencio en la habitación, y yo la miré atónito.

—¿Y? ¿Eso es todo?

Mab asintió.

—¿Tres peticiones? ¿De cualquier tipo?

Mab asintió.

—¿Así de sencillo? Porque lo dices como si me fueras a pedir que te pasara la sal tres veces y con eso ya hubiera cumplido.

Sus ojos de color entre verde y azul como el hielo glacial no dejaron de mirarme, sin pestañear.

—¿Aceptas?

Me pasé la mano por la boca lentamente mientras pensaba. Era un trato sencillo, para provenir de un hada. A veces se complicaban bastante, con contratos y todo ese rollo. Mab me ofrecía un gran paquete, dulce, apetitoso y llamativo, como un caramelo de Halloween.

Lo que quiere decir que sería imbécil si antes no comprobaba que no hubiese cuchillas de afeitar o cianuro dentro.

—Pero seré yo quien decida qué peticiones satisfago.

—De acuerdo.

—Y si me niego a cumplir una petición, no habrá represalias ni castigos por tu parte.

Ladeó la cabeza y pestañeó lentamente.

—De acuerdo. Serás tú, no yo, quien decida qué peticiones cumples.

Quedaba una última mina por desactivar.

—Y nada de revender mi deuda. Ni echarme a tus esbirros encima para que me persigan y torturen. Esto es entre tú y yo.

Rió y su risa sonó tan alegre, clara y maravillosa como unas campanillas... que alguien estuviese aplastando contra mis dientes mientras las hacía sonar.

—Eso hizo tu madrina ¿eh? Veo que aprendes de los errores pasados. De acuerdo.

Me humedecí los labios mientras me devanaba los sesos. ¿Le había dejado algún resquicio? ¿Me podía pillar por algún otro lado?

—¿Y bien, mago? —preguntó—. ¿Trato hecho?

Por un momento deseé estar menos cansado. O menos dolorido. Tras los acontecimientos del día y con la inminente reunión del Consejo, no tenía la cabeza para ponerme a negociar con un hada. Pero una cosa era segura. Si no me liberaba pronto de mi compromiso con Mab, acabaría muerto, o quizás algo peor. Sin embargo, prefería actuar y equivocarme a no hacer nada y dejar que me pulverizaran sin más.

—De acuerdo —dije—. Trato hecho. —Nada más pronunciar esas palabras, sentí como un suave escalofrío me recorría la espalda. La herida de mi mano se contrajo con una lacerante punzada de dolor.

Mab cerró los ojos, inclinó un poco la cabeza y sonrió como un gato con aquellos labios oscuros.

—Sí. Muy bien.

¿Recordáis la cara del Coyote cuando, después de rebasar a toda pastilla el borde del acantilado, se para y se da cuenta de que se la va a dar? No mira abajo, solo tantea con un dedo y justo unos instantes antes de despeñarse, le cambia el gesto, presa del pánico absoluto.

Esa es la cara que debí de poner yo. Desde luego así es como me sentía. Pero ya no había salida. Quizá si no me paraba a buscar el suelo bajo mis pies seguiría corriendo indefinidamente. Aparté la vista de Mab y empecé a pensar en cómo curarme la herida. Aún me latía y desinfectarla iba a doler todavía más. No creo que necesitase puntos. Una bendición quizá.

Un sobre de papel manila aterrizó sobre mi escritorio. Alcé la vista y vi como Mab se ponía unos guantes.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Mi petición —contestó—. Dentro están los detalles de la muerte de un hombre. Quiero que descubras la identidad del asesino, recupere lo que le robaron y me dejes libre de toda sospecha.

Abrí el sobre. Dentro había una foto en blanco y negro de veinte por veinticinco centímetros. Mostraba un cadáver. Un anciano yacía a los pies de unas escaleras, su cuello describía un ángulo antinatural con respecto a los hombros. Tenía el pelo blanco y rizado, y vestía una chaqueta de paño. Además de la foto, había un artículo del *Tribune* titulado: «Artista local muere accidentalmente de madrugada».

—Ronald Reuel —dije, mirándola por encima de la hoja—. He oído hablar de él. Tiene un estudio en Bucktown, creo.

Mab asintió.

—Estaba considerado como un visionario de la cultura artística estadounidense. Imagino que no es un título que se asigne a la ligera.

—Aquí dice «creador de mundos de la imaginación». Supongo que ahora que está muerto, le harán todo tipo de elogios. —Leí por encima el resto del artículo—. La policía dice que fue un accidente.

—Se equivocan —respondió Mab.

La miré.

—¿Cómo lo sabes?

Sonrió.

—¿Y por qué te importa? —pregunté—. Porque no creo que la policía ande tras de ti.

—Existen otros poderes, aparte de vuestra justicia terrenal, ante los que hay que rendir cuentas. Te bastará con saber que quiero que se haga justicia —contestó—. Simplemente.

—Ya —dije, frunciendo el ceño—. Dices que le robaron algo. ¿Qué?

—Ya lo descubrirás.

Volví a meter la foto en el sobre y lo dejé encima de mi escritorio.

—Bien, tengo que pensarlo.

—Aceptarás esta misión, mago Dresden —dijo con firmeza.

La miré molesto y apreté los dientes.

—He dicho que lo pensaré.

Los ojos felinos de Mab brillaron y su sonrisa dejó ver unos dientes blanquísimos. Sacó unas gafas de sol del bolsillo de su chaqueta.

—¿No es de buena educación acompañar al cliente a la salida?

Estaba furioso, pero me levanté y caminé hasta la puerta. El perfume de la reina hada, su aroma narcótico me mareó un poco. Luché contra esa sensación y me aferré a mi rabia mientras le abría la puerta con un movimiento brusco.

—¿Aún te duele? —preguntó.

—¿Tú qué crees?

Tocó mi mano dolorida con la suya enguantada y una repentina y brutal punzada de frío helador entró por la herida como un escalpelo congelado para después subir por el brazo e ir directo al pecho. Por un momento fui incapaz de respirar y sentí como mi corazón dejaba de latir durante uno, dos segundos antes de volver a ponerse en marcha. Luché por coger aire, tambaleándome, y tuve que apoyarme en la pared para no caer desplomado al suelo.

—¡Joder! —musité, intentando no subir la voz—. Teníamos un trato.

—Dije que no te castigaría si te negabas a aceptar algún caso, mago. Y que no te acosaría. —Mab sonrió—. Esto lo he hecho para mortificarte.

Gruñí.

—Así no conseguirás convencerme de que acepte el caso.

—Lo aceptarás, emisario —dijo Mab con confianza en su voz—. Esta noche conocerás a tu colega.

—¿Qué colega?

—Al igual que tú eres el emisario de Invierno, Verano también se ha buscado a alguien que defienda sus intereses.

—Esta noche tengo plan —gruñí—, y aún no he aceptado el caso.

Mab bajó ligeramente las gafas y clavó sus ojos de gato en los míos.

—Mago. ¿Conoces la historia de la zorra y el escorpión?

Negué con la cabeza mientras evitaba su mirada.

—Una zorra y un escorpión se encontraron frente a un riachuelo —susurró Mab con voz suave y queda—. Como la corriente era fuerte el escorpión le pidió a la zorra que lo cruzara sobre su lomo. La zorra dijo: escorpión, ¿no me picarás? A lo que el escorpión contestó: si lo hiciera, moriríamos los dos. La zorra aceptó y el escorpión subió a su lomo. La zorra comenzó a nadar y a mitad de camino, el escorpión le clavó su aguijón envenenado. La zorra dijo: necio, nos has condenado a los dos, ¿por qué? A lo que el escorpión contestó: soy un escorpión, es mi naturaleza.

—¿Esa es la historia? —dije—. Está claro que la literatura no es lo tuyo.

Mab rió, sus carcajadas eran terciopelo helado, y otro escalofrío me hizo estremecer.

—Aceptarás este caso, mago. Porque sí. Es tu naturaleza. —Después, se dio media vuelta y se alejó por el pasillo, distante, reservada, fría. La miré con rabia durante un minuto antes de cerrar la puerta.

Puede que hubiese pasado demasiado tiempo encerrado en mi laboratorio, pero al señor Spenser<sup>1</sup> se le olvidó mencionar que la reina hada tiene un culo estupendo.

Sí, me fijo en esas cosas, ¿qué pasa?

---

<sup>1</sup> N. de la T.: Edmund Spenser, poeta británico del siglo XVI autor del poema *La reina de las hadas*.